

lector, también en ellas se encuentran las semillas hacia otros modos de lecturas. En otras palabras, los textos reunidos son puentes hacia nuevos entendimientos.

Entender la producción literaria de Bellatín no solamente es un reto, sino también un constante aprendizaje, puesto que el lector tiene la posibilidad de toparse con nuevos signos y significados. Aquí, en lo que respecta, *Mario Bellatín y las formas de la escritura* aporta lenguajes interpretativos y reflexivos con relación a un tipo de escritura que desafía los límites del entendimiento. La colección es una contribución al archivo Bellatín al conceptualizar el lugar y los significados de la escritura del autor en el intento de entender su singularidad. El libro, en resumidas cuentas, evidencia parte del universo de lecturas posibles de una escritura entendida como espacio de acumulación y constante expansión.

Elizabeth Sotelo

University of Oregon, Esslinger

Ward, Thomas. *Buscando la nación peruana*. Lima: Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Editorial Cátedra Vallejo, 2022, 384 pp.

El último libro de Thomas Ward (edición ampliada del original del 2009) es muy audaz y está muy bien construido. El proyecto que guía *Buscando la nación peruana*, como ampliación de un primer acercamiento teórico, consiste en analizar el concepto de nación peruana desde cuatro enfoques: a partir de la literatura, enfoque que corresponde a la for-

mación y a la práctica didáctica de Thomas Ward, conocedor de la literatura latinoamericana y también de la española. El segundo enfoque, después del capítulo centrado en la literatura peruana, consiste en acercarse al concepto de nación desde la historia, y también desde la cultura y por último, desde la economía.

Encabeza el preámbulo un epígrafe del poeta Domingo de Ramos que parece escrito en estos días al definir el Perú como “un país astroso”. También hace falta resaltar la singular sensibilidad de Ward al idioma castellano, esa sensibilidad propia del bilingüe, por las que intuye un sustrato en las palabras, no sólo herramientas, sino como si tuvieran un poder, la palabra castellana como materia lúcida diría tal vez José María Arguedas acerca del quechua, con esa misma sensibilidad agudizada a las palabras, al significante y al significado y a la fusión de ambos.

La introducción del libro de Thomas Ward es programática; pregunta: “¿qué es una nación?”, y aporta respuestas. El libro es peligroso como un arma contra el propio autor, porque le puede arruinar algunos planes cuando se mete contra una vaca sagrada, más precisamente contra esa expresión que ha pasado a ser tópico repetido por muchos, buscando como Diógenes con su linterna, a las “comunidades imaginadas” de Benedict Anderson: Ward escribe que Anderson tuvo una influencia perniciosa al adelantar “la resbaladiza idea de la nación fue imaginada por los criollos” (22), mientras que opone a esa visión simplificadora los “elementos plurilingües”, subyacentes, presen-

tes en la nación peruana. Apunta que hace falta buscar las raíces (esa presencia pluricultural, plurilingüe) y no quedarse en las influencias externas al Perú, tanto más que Anderson experto en las Filipinas no tenía conocimiento de la América hispánica y se basó en fuentes secundarias en lugar de volver al texto originario como los escritos del Libertador. O sea un puro producto del colonialismo intelectual que se difundió por América Latina y Europa en momentos de las celebraciones de las independencias y en la revisión reciente de la historiografía a nivel continental.

Ward completa la trilogía de Julio Cotler: *Clases, estado y nación* con raza, etnia, religión, ideología y género. Recuerda que Bolívar elaboró sus proclamas tomando en cuenta la realidad transafricana y los pueblos andinos. El crítico de Baltimore escribe: “La idea de un pueblo y de ahí de una nación se asocia con el idioma y la forma que encapsula la cultura” (p. 57): o sea no hay cultura sin idioma, sin palabra propia y las resistencias culturales empiezan por la resistencia a la homogeneización idiomática para facilitar la comunicación, entiéndase el negocio, el *fluir* de los capitales, de la capitalidad de la globalización: Wall Street.

El libro de Thomas Ward da mucho que pensar, es a la vez el libro de un insigne peruanista y también es el libro de un humanista que reflexiona acerca de la realidad contemporánea, de esa amenaza que se cierne por las redes sociales electrónicas y la comunicación virtual; contra las cuales hace falta ahora promover la diversidad y la presencialidad.

Ward recuerda cómo González Prada popularizó la palabra “etnia” desde inicios del siglo XX, y cabe decir que no ha llegado ese uso a muchos espacios académicos y culturales donde todavía se recurre a la palabra degradante de “tribu”, sin ocurrírseles a aquellos que la emplean que también ellos forman parte de una tribu.

Asimismo, interroga la palabra “patria”: “[la patria] realiza la fusión de lo íntimo con lo comunitario. Evoca la infancia, el hogar, lo cotidiano, pero también abarca la lucha colectiva” (33). Y concluye: “la patria entonces viene a ser algo como la metanación” (33), todo lo que envuelve la nación: “la sustancia física, biológica, y cultural de una nación” (*ibid.*). La patria, son esas miles rai-cillas ya aludidas y hundidas para formar una patria, con esa limitación que haré observar en esa palabra “patria”, la exclusión de la madre: falta mucho que recorrer para que de “patria” pasemos a “matria”, habría que cuestionar la masculinidad que entrafía “patria”. Como apunta Thomas Ward, ante el Estado Nación, se realiza “una batalla bipolar para sobresalir, para sobrevivir” (35). Se debe señalar la bibliografía muy amplia, exhaustiva, a la vez ensayos teóricos y autores peruanos, algunos olvidados a los que Ward rescata como a Paulino Fuentes Castro. Plantea el desconocimiento de la teoría literaria decimonónica, que sí existió en el Perú (Cabello y Matto como ejemplos), pero fue opacada por la celebración de la literatura y ensayística del siglo XX, descuidando muchos estudiosos aquel rizoma de la cultura letrada peruana.

El libro de Thomas Ward está muy bien construido, con un primer capítulo dedicado a cotejar literatura y sociedad y se centra en la clasificación de Matto, Cabello, González Prada y Mariátegui para mostrar algunas deficiencias de la crítica literaria. Ward nos muestra en qué Matto de Turner se acerca al modernismo con el motivo del “encaje”, esa tela muy fina, símbolo de lujo en la vestimenta femenina, y a la que también encontramos en un poema de Darío dedicado al invierno o en los cuadros de Daniel Hernández con el tipo de La perezosa..., a diferencia de la bayeta de la vestimenta tradicional.

Ward remite asimismo a un librito que no ha sido reeditado desde 1902 salvo en formato digital: *Boresales, miniaturas y porcelanas* aporta mucha información biográfica respecto a Matto, especialmente cuando parte al exilio en 1895, después del saqueo de sus bienes. Ward recuerda la reapertura del Club Literario después de la Guerra con Chile, cuando el presidente del Club Larrabure y Unanue propuso alternar el estudio de la industria y el cultivo de la poesía, un enfoque multidisciplinar que desgraciadamente no llegó a perdurar cuando, al contrario, fue una actitud típica del modernismo.

Cerrando la primera parte del primer capítulo con el aporte de Mariátegui a la historia literaria peruana, el crítico se alegra de la presencia simbólica del autor de los 7 *ensayos...* en la ciudad; es preciso agradecer esos esfuerzos culturales que representa la Casa-Museo a favor de una figura tan comprometida con la realidad nacional. Ward

pregunta: “¿Por qué la historia ha sido menos cruel con el Amauta?” (85). La respuesta está en la presencia de una familia, en la resistencia que encarnó y el partido que fundó permitiendo que no desapareciera en el siglo XX; Clorinda Matto sobrevivió en la memoria del Cusco, González Prada gracias a Luis Alberto Sánchez, a Adriana de Verneuil y por el APRA, pero Cabello casi no salió del purgatorio hasta finales del siglo XX. Termina el capítulo simplemente titulado “Literatura y nación” con la revisión del hispanismo de José de la Riva-Agüero.

Los otros tres capítulos resultan tan sustanciosos como el primero. El segundo capítulo revisa los vínculos entre historiografía y nación, fijándose por ejemplo en la producción histórica de Matto y en el apogeo de la novela histórica con Teresa González de Fanning, Amalia Puga de Losada y María Nieves Bustamante. Ward da un ejemplo acerca de la nueva dependencia que en el siglo XIX reemplaza la secular dominación española: un detalle de la novela de la arequipeña María Nieves y Bustamante *Jorge, el hijo del pueblo*, publicada en 1892, donde un personaje secundario, un inglés quiere comprar el retrato de una hermosa joven peruana muerta, a sus familiares para ostentar esa belleza en Europa; de forma alegórica se trata de la compra a vil precio de las riquezas nacionales que la escritora arequipeña metaforizó.

En el tercer capítulo titulado “Cultura y nación”, Ward vuelve a González Prada como “soñador indigenista”; observa en Matto la resistencia cultural desde el exilio,

observa la herencia del colonialismo en Mariátegui, respecto a chinos y transafricanos contrastantes con su anticiollismo. Arguedas al contrario, como lo apunta Ward, exalta el mestizo cultural y muestra los aportes de la transculturación.

El último capítulo, “Liberalismo, economía y nación”, no se queda en una reflexión económica, sino que evoca de forma inesperada y atinada algunos aspectos de una de las obras más olvidadas de Ricardo Palma, sus *Anales de la inquisición*; demuestra cómo la Inquisición fue una burocracia antes de la letra, tan eficiente como una tela de araña de la que resultaba imposible escapar, tejida con murmuraciones malévolas.

Terminaré con esa referencia de Ward acerca de González Prada y uno de sus sainetes, en que remitía al filósofo ilustrado Montesquieu, autor de *El espíritu de las leyes*, defensor de la separación de los tres poderes, ejecutivo, legislativo y jurídico, antes de la Revolución Francesa. Ward observa con humor negro la proximidad espacial y los vínculos administrativos entre el Museo de la Inquisición y el Congreso del Perú.

En pocas palabras, *Buscando la nación peruana* es un trabajo muy juicioso, de lectura imprescindible para abordar la complejidad y vastedad de la cultura peruana letrada, e intentar acercarse a esa utopía que es “la nación peruana”.

Isabelle Tanzin-Castellanos
Université Bordeaux-Montaigne

Vargas Salgado, Carlos. *Teatro peruano en el tiempo del miedo. Estética, historia y violencia (1980-2000)*. Arequipa: Centro de Investigación y Desarrollo Cultural del Sur (CIDECSUR); Latinoamericana Editores; Aletheya EIRL, 2020. 266 pp.

Los estudios sobre el teatro peruano contemporáneo son tan escasos —comparativamente— como los de la poesía peruana contemporánea. El que ha realizado Carlos Vargas Salgado es una valiosa y reflexiva respuesta ante un momento peculiar del discurso escénico nacional que intentó decir y expresar en medio del conflicto armado su verdad artística mancillada por el miedo instalado en las conciencias de los peruanos de entonces.

Ese momento influenciado por la violencia política, que abarcó dos décadas cruentas bajo el reino del miedo, tuvo diversas respuestas artísticas, tanto en sus formas escénicas, matices temáticos y recursos expresivos, aunque todas parecen marcadas por las tensiones de la época, la crítica humanística o la victoria de la esperanza solidaria y democrática.

Si bien es cierto que el estudio se ocupa de un momento angustiante de la vida peruana, que sirvió para gestar sugestivas expresiones de una realidad nacional desplomada en las calles de Lima y aterrorizada en la serranía andina, posee una perspectiva sincrónica-diacrónica, dada su intención ideológica de encontrar una explicación de carácter histórico a los sucesos que reportó la praxis artístico-teatral de aquellos crueles años y su intención de contribuir a una visión integral del estado ante-